

SAN PAULINO, OBISPO Y CONFESOR

Día 22 de junio

P. Juan Croisset, S.J.

Feste Santo, objeto de la admiración y de la veneración de los mayores hombres de su siglo, tan célebre en toda la Iglesia, como dice el Martirologio Romano, no sólo por su grande erudición, por su eminente virtud y por su insigne caridad, sino también por el gran poder que tuvo contra los demonios, fue hijo de Poncio Paulino, prefecto del Pretorio que había sido en las Galias, contando gran número de senadores en su familia, tanto por la línea paterna como por la materna. Nació el año de 353 en Burdeos, ó, como quieren otros, en una aldea que Ausonio llama Hebromage, á cuatro leguas de aquella ciudad. Hacían sus padres profesión de la religión cristiana, y le educaron en los principios de ella. Fue su preceptor Ausonio, uno de los mayores hombres de su tiempo en la poesía y en la elocuencia. Hizo el discípulo tantos progresos en las letras humanas, que á poco tiempo pareció más hábil, y fue más estimado que su mismo maestro. San Jerónimo confiesa ingenuamente que no conocía hombre más elocuente que Paulino.

Pero mucho más se dio á estimar por la pureza de sus costumbres. Casóse con una doncella de nacimiento española, noble y rica, pero mucho más virtuosa, la que contribuyó no poco á inspirarle máximas más cristianas. A los veinticinco años fue creado cónsul de Roma, y poco después prefecto de la ciudad; dignidades que fomentaban su ambición, pero sin estragar sus costumbres. Así por los negocios públicos que le encomendaron, como por los domésticos de familia que

se le ofrecieron, se vio precisado en quince años á hacer muchos viajes por Italia, Francia y España, y en ellos conoció en Milán á San Ambrosio y á San Agustín, en Tours á San Martín, en Ruan á San Vitricio, y en Burdeos á San Delfín, que, habiéndole instruido fundamentalmente en los misterios de la religión, le persuadió y le redujo á que recibiese el bautismo.

Ilustrado con las nuevas luces de la gracia, que recibió en el sacramento, descubrió Paulino la falsa brillantéz de todo lo que tanto deslumbra los ojos de los mundanos. Al disgusto de las grandezas humanas se siguió el tedio al tumulto y al bullicio. Retiróse á una casa de campo, donde se entregó enteramente al servicio de Dios, santificando aquel retiro con la oración y el ayuno. Pero como le interrumpiesen las frecuentes visitas de sus amigos, tomó la resolución de escaparse á España, adonde le siguió su mujer, Terasia, no obstante hallarse muy adelantada en su preñado. A poco tiempo después que llegaron á España parió Terasia un niño que vivió sólo ocho días; y, privado Paulino de este único fruto de su matrimonio resolvió vivir adelante con su mujer en perpetua continencia.

Volvió á Italia para visitar el sepulcro de San Félix, mártir, presbítero de Nola, á quien profesaba particular devoción, y en aquella ciudad tomó la resolución de dejar enteramente el mundo. Despidióse del Senado romano, en cuya presencia renunció solemnemente la dignidad de senador; hizo lo mismo con toda su ilustre parentela; vendió todas sus posesiones y bienes, que eran muy cuantiosos, y repartió el precio entre los pobres. Lo mismo hizo Terasia con todos los que había traído al matrimonio, que también eran muchos, reservando de su dote no más que lo preciso para las necesidades indispensables. Vistióse un hábito pobre, entabló una vida obscura, dejóse ver con un aire humilde, penitente y

mortificado; pero todo sirvió para dar nuevo lustre á su virtud, y mayor veneración á su persona. Era su ánimo volverse á Nola, y pasar sus días junto al sepulcro de San Félix, encerrándose en una celdilla cerca de la iglesia para hacer oficio de portero. Hallábase en la iglesia el día de Navidad, absorto en la contemplación de aquel tierno y sagrado misterio, cuando el clero y el pueblo, movidos de una repentina inspiración, levantaron el grito, y todos á una voz pidieron que Paulino fuese elevado á los sagrados órdenes, y que se le hiciese presbítero. En vano desplegó las velas de su elocuencia abogando en favor de su humildad; no fueron oídas sus razones, y el obispo Lampio le confirió los sagrados órdenes.

Creció el fervor con la santidad del carácter. Sobresaltado con la singular veneración que todos le profesaban en Barcelona, pensó seriamente en huir de ella, buscando asilo más seguro á su profunda humildad. Y como su devoción le llamaba siempre á Nola, se volvió á Italia, y entrando en Roma cumplió con sus devociones; visitó los sepulcros de los santos mártires, y encaminóse á Nola, donde desde luego comenzó á practicar el retiro por que tanto había suspirado. Aquel antiguo senador, aquel cónsul de Roma, aquel hombre tan enfermo y tan delicado se dejaba ver cubierto de un áspero cilicio, debajo de una túnica de pieles de cabra, ceñida con una cuerda, siendo siempre el primero en todos los ejercicios más viles y más penosos.

Pero, con ser tan pura y tan penitente su vida, no estaba exenta de las tentaciones del enemigo de nuestra salvación. Por largo tiempo fue ejercitado con las más violentas, siendo el combate dilatado y cruel; pero el Señor le sacó victorioso, sirviéndole de gran socorro su tierna devoción á la Santísima Virgen.

Extendióse luego su fama por todo el orbe cristiano,

y apenas hubo siervo de Dios en aquel tiempo que no solicitase tener por lo menos correspondencia de cartas con el santo presbítero Paulino.

Hallábase Paulino en este alto concepto de santidad, cuando vacó la Silla episcopal de Nola por la muerte del obispo Paulo; y hubo bien poco en qué deliberar, porque de unánime consentimiento fue aclamado para ocuparla; y á pesar de los esfuerzos que hizo para resistir á una dignidad de que se consideraba tan indigno, fue consagrado obispo hacia el fin del año 409, con aplauso universal de todos los fieles.

No tenía un año de obispo cuando los godos, conducidos por Alarico, después de haber tomado y saqueado á Roma, se extendieron por la provincia de Campaña para talarla y arrasarla. Trataron á Nola como á Roma, pero respetaron la virtud de Paulino. Disipada la tempestad con la muerte de Alarico, en poco tiempo hizo olvidar la caridad de nuestro Santo todas las miserias que habían causado los bárbaros.

El cisma del antipapa Eulalio turbó la elección del papa San Bonifacio; y habiéndose convocado un Concilio en Rávena para restituir la paz á la Iglesia, rogó el emperador Honorio á San Paulino que asistiese á él; y como le hubiese asaltado una enfermedad que no se lo permitía, quiso el Emperador que se difiriese el Concilio hasta que se recobrase el santo obispo. Sola su presencia disipó las facciones, y su voto era el oráculo que decidía.

Gobernaba pacíficamente el santo obispo su rebaño con una prudencia, con un celo y con una caridad que le hacían verdaderamente feliz, cuando descargó sobre toda la Italia otra nueva tempestad. Excitada la codicia de los vándalos con el ejemplo de los godos, entraron á talarla, comenzando por Campaña. En tan grande y

general desolación, fue el único recurso la caridad de San Paulino. No contento con visitar, exhortar y consolar á todos, vendió cuanto le había quedado para socorrer á los miserables. Echóse á sus pies una pobre viuda, toda afligida y desolada, suplicándole la diese con qué rescatar á un único hijo que tenía, y se le había llevado por esclavo el rey de los vándalos. Hallábase el Santo sin un maravedí; pero su ardiente caridad le sugirió el medio más extraordinario para socorrer tan urgente necesidad: *Hija*, respondió el Santo á la triste viuda, *no tengo otra cosa que darte sino mi persona; desde luego me declaro por esclavo tuyo, y consiento que me canjees por tu hijo: esto es en lo que te puedo servir*. Cortóse y sorprendióse la buena mujer al oír tan extraña proposición; pero volviendo luego sobre sí, y pareciéndola que al obispo no le podían faltar medios para recobrar presto su libertad, aceptó el partido, y presentó su nuevo esclavo para el canje. Al principio reparó el bárbaro en la edad; pero preguntando al Santo qué oficio sabía, y respondiéndole que el de jardinero, al fin consintió en el trueque. Luego que llegó á África se aplicó á cultivar los jardines de su amo, y, echando Dios la bendición á su trabajo, se granjeó toda la estimación de aquél, quien conoció en breves días los extraordinarios talentos de su jardinero. Fue luego reconocido el santo obispo por los otros esclavos, y no se hablaba de otra cosa en toda el África que de la excesiva caridad del santo prelado. Habiendo pronosticado á su amo la muerte del rey su suegro, todos le miraban ya como á un hombre milagroso. En fin, el príncipe le dio libertad, entrególe todos los esclavos italianos y le volvió á enviar á su obispado colmado de beneficios.

Fácilmente se puede discurrir el gozo con que sería recibido. No hubo triunfo más glorioso que la entrada de Paulino en la ciudad de Nola. Pero sobrevivió poco á su gloriosa vuelta, porque así los trabajos del cautiverio

como las apostólicas fatigas del obispado y sus continuas penitencias habían estragado mucho su preciosa salud. Sintióse acometido de un violento dolor de costado que no cedió á los más eficaces remedios. Visitáronle tres días antes de su muerte dos obispos vecinos suyos, Simaco y Acindino; mostró mucho consuelo con su venida; mandó poner un altar en su mismo cuarto, y asistido de los dos prelados celebró el santo sacrificio y reconcilió con la Iglesia á los que había separado de su comunión. Díjole el presbítero Postumino que todavía se debía algún dinero á los mercaderes que habían prestado el paño para vestir á los pobres, á que respondió sonriéndose: *Ya no tengo un cuarto; pero la Divina Providencia no me dejará morir con trampas;* y un instante después le entregaron un bolsillo que le enviaban un obispo de Lucania y cierto caballero, con lo que bastaba para satisfacer á todos sus acreedores. Rezó despues todo el Oficio divino con los eclesiásticos que le acompañaban; y, acabado, se quedó como en oración, en la que se le oía derramar su corazón delante de Dios con sensible devoción. Algunos momentos antes de expirar tembló el cuarto y se estremeció la cama, y un instante después entregó el alma á su Criador, el día 22 de Junio del año 431, á los setenta y cuatro de su edad. Todos le lloraron igualmente; hasta los judíos y los gentiles mostraron públicamente su dolor. Fue enterrado en la iglesia que había hecho edificar en honor de San Félix, á quien siempre había profesado muy particular devoción. Andando el tiempo fue trasladado á Roma, y colocado en la iglesia de San Bartolomé, adonde acude el pueblo en tropel á venerarle, movido de los muchos milagros que obra el Señor por su intercesión. En sus epístolas y en sus poesías, cuya conservación debemos al cuidado de su grande amigo San Amante, obispo de Burdeos, se admira aún en el día de hoy aquella elevación de pensamientos, aquella elegancia de estilo y aquella devota moción que en parte formaban el carácter de este gran Santo.

Nos quedan de San Paulino hasta cincuenta cartas sobre varios puntos de fe y de costumbres; treinta y dos poemas; diez de ellos tratan de San Félix, presbítero de Nola. Otras muchas obras escribió en prosa y en verso: *El panegírico ó apología de Teodosio*, una carta á su hermana sobre el desprecio del mundo, un tratado sobre la penitencia, otro en alabanza de todos los mártires, *La pasión de San Ginés en Arles*. San Agustín hace memoria de una obra contra los paganos que estaba escribiendo San Paulino.

La Misa es en honor de San Paulino, y la oración la que sigue:

Concédenos i oh Dios omnipotente! que la venerable festividad de tu confesor y pontífice San Paulino aumente en nosotros la devoción y el deseo de nuestra salvación eterna. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es del apóstol San Pablo, en el cap. 8 de la segunda á los corintios.

Hermanos: Sabéis la liberalidad de Nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico se hizo pobre por vosotros, para que con su pobreza fueseis vosotros ricos. Y en esto os doy consejo; porque esto es útil á vosotros, que desde el año pasado comenzasteis, no solamente á hacerlo, sino también á quererlo. Ahora, pues, perfeccionadlo con la obra; para que, así como está pronto el ánimo á querer, de la misma manera lo esté para ejecutar según vuestras fuerzas. Porque si la voluntad está pronta, es acepta según aquello que uno tiene, no según aquello que no tiene. No, pues, para que otros vivan con comodidad, y vosotros con tribulación, sino para que haya igualdad. Al presente, vuestra abundancia supla la indigencia de ellos, para que también su abundancia supla á vuestra pobreza, para que haya igualdad, según

está escrito: el que tuvo mucho no (tuvo) superfluo; y el que (tuvo) poco no careció de lo necesario.

REFLEXIONES

«Ya sabéis la misericordia que usó Jesucristo Nuestro Señor, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para que vosotros os hicieseis ricos por su pobreza.» ¿Conócese bien esta insigne, esta inmensa, esta incomprendible misericordia que usó Jesucristo con nosotros? A fuerza de oír hablar desde la infancia del misterio inefable de la Encarnación, de la vida y muerte de Jesucristo, se acostumbran los oídos á estas voces, sin que hagan fuerza al corazón, porque no se para la consideración en lo que significan. Un Dios que se hace hombre sin dejar de ser Dios; un Dios que se abate a la humilde condición de los hombres para hacerse semejantes á ellos, ¿pudo valerse de medio más sensible para obligarlos á amarle? Un Dios que se sujetó á experimentar todas nuestras enfermedades y miserias, salvo el pecado, para compadecerse de ellas, y por parecerse á nosotros; un Dios, soberano Dueño del Universo, que se hizo pobre por nosotros, á fin de que por su pobreza fuese la nuestra un perenne manantial de bienes, y mediante su gracia nos adquiriese una felicidad eterna; todo únicamente para demostrarnos, para hacernos ver lo mucho que nos ama. Sabemos todo esto; i y con todo eso no amamos á Jesucristo! ¿Qué pruebas damos de nuestra fe? ¿Qué provecho sacamos de este conocimiento? Si un amigo vendiera todos sus bienes por satisfacer las deudas de otro amigo, ¡qué agradecimiento correspondería á una amistad tan generosa, de que hay pocos ejemplos! Que un San Paulino se entregase á sí mismo por esclavo para rescatar una oveja suya, fue un exceso de caridad que está llenando de admiración á todo el mundo, y todavía se hace casi increíble. ¿Qué sería, dice San Bernardo, si un hijo de un poderoso

monarca se quisiese entregar á la muerte por librar de ella á uno de sus vasallos? Este exceso de amor asombraría á todos; el mismo pasmo embargaría la voz á todos los espíritus. Pero ¿sería menor el pasmo, menor el asombro, menor la indignación, si el ingrato vasallo no mostrase más que un frío, un ligero reconocimiento á tan insigne bienhechor; si fuese menester amenazarle con los más terribles tormentos, y con la muerte misma, para obligarle á respetar al príncipe de quien ha recibido tan inestimable beneficio? ¡Ah, Señor!, ¿y no hay sobrada razón para decir á la mayor parte de los cristianos: *Tu es ille vir?* Hizo Jesucristo por nosotros mucho más de lo que podríamos imaginar; y acaso por eso ¿es honrado, es servido y es amado? ¡Oh, y cuántos asuntos nos dan para grandes reflexiones nuestra conducta, nuestras máximas y nuestras costumbres, cuando las careamos con aquello mismo que creemos!

El Evangelio es del cap. 12 de San Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: No temáis, pequeña grey, porque Vuestro Padre ha tenido á bien daros el Reino. Vended lo que tenéis, y dad limosna.

Haced bolsillos que no envejecen, un tesoro en los Cielos que no mengua, donde no llega el ladrón, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

MEDITACIÓN

De la misericordia con los pobres.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la misericordia es una tierna compasión del alma á vista de las miserias y de las necesidades ajenas, con un vivo deseo de remediarlas. Un corazón duro es señal de alma negra y

maligna. Es la compasión una virtud connatural al hombre; apenas hay bárbaro que pueda mirar á sangre fría las lágrimas y el desconsuelo de otros; ninguna cosa hace más semejantes los hombres á las fieras que la inhumanidad, y ninguna es más propia de un verdadero cristiano que la misericordia. Con mucha frecuencia nos la inculcó Jesucristo, haciendo de ella como un mandamiento ó precepto suyo muy particular, queriendo que las obras de misericordia fuesen como las únicas condiciones ó los precisos títulos por los cuales se nos había de conferir el Reino de los Cielos. Quiere que la caridad que tiene Dios con los hombres sea, por decirlo así, la medida de la que nosotros debemos tener con nuestros hermanos. Aquel Dios que todo lo dispone con infinita sabiduría te hizo rico para que fueses padre, tutor y curador de los pobres. Como tengas cuidado de alimentar á éstos, que puso Dios á tu cargo, consiente el mismo Señor que tú te pagues el primero, mas con la precisa condición de que has de proveer las necesidades de los pobres, no los olvidó en la distribución ni en la economía de su providencia. Dio te Dios esos bienes con la indispensable obligación y carga de cuidar de los infelices. Pero ¿se cumple el día de hoy con esta obligación indispensable? ¡Oh buen Dios, cuántos ricos sé condenan por no haber socorrido á los pobres!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que la misericordia con los pobres, no sólo es prenda que asegura los bienes de la otra vida, sino fuente inagotable de las prosperidades de ésta. ¡Cosa extraña! Cada día se están arruinando las casas, consumiéndose las más floridas rentas y haciéndose los más locos, los más superfluos gastos por el deseo de gloria, de sobresalir y de distinguirse.

Atribuyese la inconstancia de las prosperidades á mil accidentes, á mil casos que ciertamente no tuvieron parte en ella. La causa más frecuente de esos trastornos,

de esas revoluciones de fortuna, es la dureza de los ricos con los pobres. Niéganse á Dios los intereses, y así no hay que extrañar que te haga perder el capital. No le das el fruto, y quítasle el fondo. Si se ciega el canal por donde ha de correr el agua, ¿qué mucho que se divierta á otra parte? ¿Quieres fijar la rueda de esa próspera fortuna? ¿Quieres que las rentas y las posesiones sean por largos siglos hereditarias en tu familia? ¿Quieres que pase la abundancia á una dilatada serie de descendientes tuyos? Pues sé rico en misericordia, sé bondadoso y magnífico, sé pródigo en limosnas. Pon los ojos en San Paulino. ¡Qué obispo más caritativo! Su caridad le despojó de todos sus bienes, hasta de su misma libertad. Pero ¡qué gloria, qué consuelo el de este gran Santo por haber sacrificado cuanto tenía en alivio de los pobres!

i Cuándo ha de llegar el tiempo, divino Salvador mío, en que vuestro ejemplo me inspire esta misericordia para con todos los menesterosos! Mucha necesidad tengo de vuestra gracia, y así os la pido, Señor, y con ella aquellas entrañas de misericordia con los infelices que son un manantial inagotable de todos los bienes.

JACULATORIAS

Bienaventurado aquel que se compadece del pobre y del menesteroso, porque el Señor se compadecerá de él y le libraré en el día de su mayor tribulación.—*Ps. 40.*

Alarga tu mano al pobre, para que tu caridad sirva de sacrificio de propiciación por tus pecados, y para que el Señor eche la bendición sobre tus bienes.—*Eccl., 7.*

PROPÓSITOS

1. Acuérdate de que no te hizo Dios rico para ti

solo; dióte los bienes que posees para ti y para los pobres. Siendo Padre de todos, ¿á qué fin te había de conceder á ti tantas cosas superfluas, dejando á tantos otros sin las necesarias? No los ama menos que á ti, ni tú le costaste más que ellos; de su pura liberalidad recibiste todas esas posesiones. No atribuyas á tu nacimiento, ni á tu industria, ni á tus méritos esa fortuna en que te ves elevado. *¿ Qué tienes que no hayas recibido de Dios? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorias como si no lo hubieras recibido?*, dice el Apóstol. Advierte, pues, que esas riquezas se te dieron á título oneroso; esto es, para el sustento de los pobres. Quiere Dios que goces de tus bienes, pero quiere al mismo tiempo que los pobres tengan también parte en ellos. No olvides, pues, esta obligación de una caridad indispensable, y desde hoy mismo imponte una ley de que no se te pase día sin hacer alguna limosna á proporción de tus haberes.

2. No te pide Dios que te despojes de todos tus bienes, aunque lo hicieron muchos santos. Tampoco te pide que te hagas esclavo para rescatar á otro; heroísmo de caridad que todos admiramos en San Paulino. Pídete que de cuando en cuando visites los pobres en los hospitales, que socorras á los vergonzantes, que vayas á consolar á los enfermos y á los encarcelados, alentándolos con tus consejos. No te empobrecerán estas obras de misericordia; antes bien enriquecerán, no sólo á los pobres, sino á tus mismos herederos.